



Andrea Cobas Carral
Narrar la ausencia. Escrituras de hijas e hijos de militantes argentinos
Buenos Aires
Corregidor
2024
385 páginas

PALABRAS CLAVE: MEMORIA - TESTIMONIO - DICTADURA - NARRATIVA
KEYWORDS: MEMORY - TESTIMONY - DICTATORSHIP - NARRATIVE

Resemantizar la violencia, escribir sin protocolos: testimonios y ficciones sobre el pasado reciente

Yamila Puga¹

Durante la última dictadura militar (1976-1983) en Argentina, a la violencia sobre los cuerpos se sumó la violencia sobre la palabra. Desaparición y censura funcionaron a la par como dispositivos represivos a merced de exterminar toda posibilidad de disenso y reunión. En un contexto social dominado por el mutismo y la muerte, escribir, sin embargo, siguió siendo una salida al discurso monológico del poder que permitió volver visibles, más o menos veladamente, distintos aspectos de la realidad. En este sentido, dos escenas de escritura que tienen lugar nada menos que en centros de detención clandestinos cobran particular valor simbólico. Se trata de las cartas que escriben Nilda Susana Salomone, madre de Eugenia Guevara, y Ana María Caruso, madre de Albertina Carri, a sus hijas. Cartas con “formato de legado, cartas en lenguaje cotidiano” (Carri citada por Carral 2024: 316). Cartas con

¹ Licenciada en Letras (UNMDP) y becaria de posgrado de la UNMDP. Traductora. Mail de contacto: yamilapuga@gmail.com

consejos prácticos e instrucciones: “deciles que destinen por mes una cantidad de plata para comprar libros; deciles que te compren Don Quijote de la Mancha; [...] una edición buena” (“Parque de la memoria” 2020: 35 min 10 s)². Cartas con preguntas: “¿qué sentís?, ¿cómo están?, ¿qué hacen?” (“Parque de la memoria” 202: 3 min 10 s) y también con confesiones —“en la adolescencia comencé a escribir un diario y poesías, que expresaban diferentes estados de ánimo” (Salomone citada por Carral 2024: 319)³. A pesar del cruel horizonte que volvía cada vez más improbable el encuentro familiar, ambas muestran a la letra funcionando como un puente que logra reunirla con el afuera, con el futuro que será de las hijas al amparo de ese hablar materno. Su voz, al fin, sobrevivirá en la correspondencia y se resignificará en la lectura —que es perpetua— marcando un camino por las letras que continúan transitando sus hijas, ambas escritoras, que, al igual que muchos otros hijos eligen escribir sus historias rearticulando sus experiencias desde el ámbito de la ficción o desde la matriz testimonial. En ese punto nace el corpus de la “segunda generación”⁴ que es objeto de estudio del libro de Andrea Cobas Carral, *Narrar la ausencia. Escrituras de hijas e hijos de militantes argentinos de los 70* (2024).

Dentro del vasto y variado conjunto de escrituras en torno a los acontecimientos que caracterizaron a la última dictadura militar argentina y a la violación de los derechos humanos, Carral elige textos *sobre* hijos (en los que indagan sobre su experiencia como hijos de militantes) escritos *por* hijos; más precisamente aquellos publicados entre 1996 (año de publicación de *Atravesando la noche. 79 sueños y testimonio* de Andrea Suárez Córlica) y 2015 (edición escogida de *Aparecida*, de Marta Dillon). La justificación del recorte se basa en el problema del abordaje generalizado y la no diferenciación de los textos producidos por hijos biológicos cuando estos tienen, en efecto, características particulares y estrategias textuales definidas; por ejemplo, el pacto identitario en la narración del trauma que

²*Punto Impropio* es una de las video-instalaciones que formaron parte de la exposición que se realizó en el Parque de la Memoria entre septiembre y noviembre de 2015. Disponible completo en Carri, Albertina. [Parque de la Memoria] (11 de abril de 2020). *Punto impropio* [Archivo de video]. En línea: https://www.youtube.com/watch?v=hlnmVc8Ms94&ab_channel=ParquedelaMemoria; fecha de visualización: 11 de diciembre de 2024.

³ Los dos episodios están incluidos en el capítulo ocho del libro de Cobas Carral y, además, analizados en mayor detalle.

⁴ Este tipo de distinción entre generaciones para diferenciar a los padres de los hijos y, el grado en que padecieron, experimentaron y vivenciaron las políticas del terrorismo estatal no pretende otorgarles un estatuto menor por ser “segunda o secundaria”. Como lo señala acertadamente LaCapra (2009), el carácter de víctima alcanza, desde ya, de diverso modo a ambas, dado que “el evento traumático tiene su efecto mayor y más claramente injustificable en la víctima, pero de diferentes maneras también afecta a todos los que entran en contacto con él: perpetrador, colaborador, testigo pasivo, opositor y resistente, y quienes nacieron después” (2009: 21).

rebasas las funciones narrador/enunciador. El género es otra de las variables que acotó el corpus y que tiende al mismo objetivo de buscar la especificidad en la heterogeneidad de dominios, además de contribuir al análisis de casos que han sido pensados poco o menos por la crítica literaria. Se tuvieron en cuenta variantes de testimonios, autobiografías, novelas y autoficciones y, con esa clasificación, se organizaron los ocho capítulos que integran el volumen.

Retomando la pregunta disparadora por la “extendida presencia de la dictadura en la literatura argentina” —a la que se le corresponden dos posibles respuestas: “oportunismo casi turístico” (2024: 22) del mercado editorial, en opinión de Daniel Link, o, al revés, genuina necesidad narrativa y sentido político— se inicia un repaso por las marcas propias de las escrituras de hijos e hijas. En este primer capítulo se reponen las líneas de análisis fundamentales que ha trazado la crítica desde los años ochenta, iniciadas por Beatriz Sarlo, con “Literatura y política” (1983), y Andrés Avellaneda (1985), y continuadas hasta el presente con los aportes de Ana Longoni (2007), Miguel Dalmaroni (2004), Pilar Calveyro (2005), Elsa Drucaroff (2011) Adriana Badagnani (2013), Laura Fandiño (2016) y María Teresa Basile (2019), entre otros. Estos indagan problemáticas que ya no tienen que ver exclusivamente con los vínculos entre testimonio, militancia y ficción dado que, como efecto del *Nunca más*, la formación de la agrupación H.I.J.O.S., y el cambio de signo político durante el alfonsinismo y el menemismo, a mediados de los 90 surgen nuevas memorias del horror (en las que aparece aquello que el Estado busca ocultar), y por lo tanto son necesarias distintas estrategias para leerlas. Para suplir la necesidad de definir y delimitar algunas nociones teórico-filosóficas que aparecen en el recorrido crítico recién explicitado, sea el mismo concepto de memoria como categoría histórica o sea el de trauma, posmemoria, identidad o generación, Cobas Carral escribe el segundo capítulo del libro y retrocede hasta principios del siglo XX. Es el tiempo en que Freud (1917) analiza el modo en que se elabora el duelo y se gestiona el hecho traumático del pasado, Maurice Halbwachs (1925) reflexiona en torno a la memoria colectiva, y Helen Epstein (1979) trabaja por primera vez la experiencia de los hijos sobrevivientes de la *Shoá* —una referencia ineludible para comprender el posterior trabajo de Marianne Hirsh sobre el concepto de posmemoria (1997).

Habiendo citado los debates filosóficos y recursos teóricos que iluminarán el trabajo textual del corpus, el tercer capítulo toma como hito la formación de la agrupación H.I.J.O.S. en 1995 que forma la figura del hijo como sujeto social y como voz narrativa. *Ni el flaco perdón de Dios* (1997), de Juan Gelman y Mara La Madrid, es el libro que pone en circulación de modo más masivo los testimonios de los hijos de militantes. En línea con este, y en discordancia también, como lo advierte la autora, se suman al análisis *Hijos del sur. Testimonios de hijos de detenidos-*

desaparecidos de Quilmes (2014) de Noemí Ciollaro, y *En el nombre de sus sueños. 12 historias de hijos de desaparecidos* (2013) de Tatiana Sfiligoy y Danilo Albín. Estos últimos reponen las biografías de los testimoniantes —hijos de obreros y sindicalistas— que crecieron en contextos de extrema pobreza y marginación y que, a diferencia de los hijos de militantes estudiantiles y profesionales, no comparten sus lecturas políticas sobre el tema. Además, en el primero, según hace ver la autora, las voces de los hijos se mezclan con relatos de sobrevivientes, de referentes de organismos de derechos humanos o incluso con declaraciones de dictadores, lo que genera un “efecto de contrapunto y tensión que vuelve más evidente las zonas de convergencia” (2024: 91). Los otros dos, a diferencia, no recogen, o lo hacen en menor medida, discusiones sobre el sentido de algunos términos, o reflexiones sobre la formación de una memoria pública de la dictadura; de hecho, en el volumen de Sfiligoy y Albín prima la mirada acrítica, romántica e idealizada de los 70.

El cuarto capítulo se centra en la operación de apropiación de menores como metodología represiva, que la autora repone previo al análisis textual explicando brevemente no sólo la modalidad sino también las averiguaciones de las Abuelas de Plaza de Mayo y su trabajo realizado para llegar a la restitución de los primeros nietos (creación del banco genético y de la CONADI). En esta sección se estudian algunos relatos incluidos en antologías y testimonios filmicos, como el de Macarena Gelman García, en *Historias de identidades restituidas* (2014), y los de Victoria Donda Pérez y Ángela Urondo Raboy en libros de su autoría, como *Mi nombre es Victoria. Una lucha por la identidad* (2009) y *¿Quién te creés que sos?* (2012). El centro de los relatos, según nota Cobas Carral, es la pregunta por la reconstrucción de la identidad, el peso del nombre propio y la necesidad imperiosa de contar con palabras las escenas de descubrimiento de la apropiación y de restitución a la familia biológica. Mientras que los tres textos hacen converger lo individual con lo social, “el único camino posible tanto para escapar de la museificación del pasado como para iniciar el proceso de sanación colectiva” (2024: 175), la autora concluye que lo que los diferencia es una distinta densidad estética en sus relatos y un menor o mayor grado de materialidad discursiva.

El capítulo que sigue se organiza alrededor de un procedimiento de construcción textual: el de la fragmentariedad, que se manifiesta con la forma de restos, sueños y fantasmas, figuras que Cobas Carral revisa a partir de Freud (1900), Derrida (1997) y Mbembé (2002), para trabajar a la vez con la búsqueda, la memoria y la desaparición. El corpus se arma con los sueños de *Atravesando la noche. 79 sueños y testimonio sobre el genocidio* (1996) de Andrea Suárez Córlica, *¿Quién te creés que sos?* (2012) de Ángela Urondo Raboy, *Diario de una princesa montonera* (2012) de Mariana Eva Pérez y *Restos de restos* (2012) de Nicolás Prividera. Aquí los textos comparten el rasgo de ser misceláneos y heterogéneos, en consonancia con

la “búsqueda sobre el pasado de los padres y las características del proceso de reconstrucción de la memoria” (2024: 188-189). La mezcla de géneros y la reunión de materiales diversos, como fotografías, documentos o poemas, exhiben una clara búsqueda de tipo formal que demanda del lector una lectura asociativa para poder poner las múltiples partes a funcionar autónomamente y, a la vez, sistemáticamente.

Los capítulos seis y siete toman novelas como objetos de estudio. Dos son autobiográficas, *La casa de los conejos* (2007) de Laura Alcoba y *Pequeños combatientes* (2013) de Raquel Robles, y le interesan a la autora porque indagan en los modos en que se reconfigura el recuerdo a través de las voces de narradoras niñas. En ambas se hace foco en los efectos demoledores de la violencia del Estado y la desaparición de los padres sobre la trama familiar y la subjetividad infantil, y para ello las voces de las niñas que construyen se solapan con las de las adultas que escriben, replicando las posiciones públicas de las autoras respecto del pasado reciente. Las otras tres trabajadas en la sección, *76* (2008) y *Campo de Mayo* (2019) de Félix Bruzzone y *Soy un bravo piloto de la nueva China* (2011) de Ernesto Semán, son relevantes por el uso que hacen de la imaginación como recurso que responde a la pregunta por cómo se representa aquello que es pura ausencia. Una posible respuesta es diciendo de otro modo lo indecible, esto es, con un marcado carácter desacralizador: acudiendo al humor y a la ironía para alejarse de la figura del mártir o del héroe sacrificado y quitándoles el carácter sacrificial, lo que devuelve a los desaparecidos su humanidad, como bien apunta Cobas Carral.

El capítulo ocho, por último, cierra el recorrido con textos que, justamente, narran episodios de superación y posible clausura del duelo: con historias de aparecidas en que “esa madre sustraída y tardíamente recuperada pone a las hijas ante un paradójico nuevo comienzo de sus biografías, esta vez, más allá de la desaparición” (2024: 300). El corpus de relatos analizados, *Veintiocho. Sobre la desaparición* (2015) de Eugenia Guevara y *Aparecida* (2015) de Marta Dillon, se opone, si se quiere, a la pregunta trabajada en el capítulo anterior: cómo atestiguar en la escritura la transformación subjetiva que se produce con el hallazgo de los restos maternos. En los dos casos, identificar los restos maternos conduce a las hijas escritoras a poner en perspectiva su propia vida, repensarla, y dar cuenta en un proyecto escriturario del cambio que los hallazgos suponen para su propia subjetividad e identidad. Esto, además, se da en consonancia con el cambio de identidad de sus madres, enlazando aún más sus recorridos vitales. Acá, el “carácter casi performativo” (2024: 350) de la escritura se vuelve más explícito que nunca: escribir es hacer el duelo de una existencia truncada por la violencia de Estado.

Dada la proliferación de escrituras de hijas e hijos de militantes argentinos, no solo en la literatura, sino también en otras formas y disciplinas artísticas —como el cine, el teatro, el documental, la fotografía— el trabajo de Cobas Carral, impulsado

por el universo simbólico que se construye, por las vivencias particulares que se examinan y por los posicionamientos que se asumen, reviste una enorme relevancia. Como ha quedado claro, en el corpus de hijas e hijos hay, por cierto, variedad de géneros, modalidades, tonos, estrategias. El análisis agudo y minucioso que ofrece *Narrar la ausencia* logra, sin embargo, estudiarlas en el amplio abanico de experiencias que recuperan, en los procedimientos que ponen a funcionar, y, lo que es más útil, en los diálogos que establecen entre ellos. Como volumen, entonces, ofrece un más que completo y complejo panorama sobre cada uno de los textos, pero también sobre el contexto histórico de producción y los debates que surgen en la crítica y la teoría a su alrededor, permitiéndonos en la lectura recomponer posicionamientos diversos respecto de los relatos sobre el pasado reciente que fueron contruidos desde el Estado, desde los organismos de Derechos Humanos, y desde los militantes sobrevivientes. Sobre ese pasado en disputa y este presente que, tanto en lo individual como en lo colectivo, sigue siendo repercutido por aquél, seguimos pensando y escribiendo.

Referencias bibliográficas

- Carri, Albertina (2020). "Parque de la Memoria". *Punto impropio* [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=hlnmVc8Ms94&ab_channel=ParquedelaMemoria
- LaCapra, Dominick (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo Libros.